

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS.

1285

REVISTA TAURINA.

SE PUBLICA AL SIGUIENTE DÍA DE VERIFICADA LA CORRIDA.

NO SE ADMITEN SUGERENCIAS MAS QUE PARA MADRID.

NUESTROS PROPÓSITOS.

Como no venimos á luchar en la candente arena de la política, y si solo á defender los fueros de un arte que constituye la afición favorita del pueblo español, nos presentamos ante el público libre de envidias y rencores, sin más objeto que merecer sus plácemes y hacernos dignos de su benévola acogida.

Mortificando algo nuestra proverbial modestia, nos presentamos un tanto engreídos por la vanidad ó alguna pasioncilla. Ó así que se le parezca, ya que nos atrevemos á afirmar que LA LIDIA, nuestra Revista taurina, es el mejor periódico que, por su riqueza en el papel, propiedad y elegancia en su dibujo y por todas sus condiciones artísticas, ha visto la luz pública en esta tierra clásica del arte y de los buenos toreros.

De nada servirían estos esfuerzos, ó como se suele decir, *estos dibujos*, si al reconocido mérito de su confección no acompañase un texto apropiadamente escrito, ya que á pocas galas retóricas, ó á escasísimas galas de estilo puede prestarse una literatura que debe tener tanto de *verdad*, como de verdad deben ser los *lances* y *suertes* á que su crítica vaya encaminada.

Y ya que de crítica se trata, prometemos, pues, lanzar á la luz pública un número al día siguiente de cada corrida de toros habida en Madrid, con una revista detallada, circunspecta, y más que todo, *justi-apreciadora* de todos los resultados que en ella tengan lugar, atento siempre nuestro criterio á aquel que sugiere la justicia y nos aconseja nuestro propio decoro.

La pluma de *Alegrías*, que este es el nombre, si no de pila, por lo ménos de *fiesta* de nuestro revistero, no conoce la *alecosía* ni el *ensañamiento*, ni se halla movida por determinadas pasiones, ni obedece ni obedecerá nunca á sugestiones parciales de personalidades ó de partido. Nuestra crítica ha de ser justa, prudente, imparcial, que tanto estimule á las personas, objeto de nuestra censura, como distinga nuestra conducta y honre nuestra publicación.

Queremos como el antiguo y bien pensado *Mengué*, siendo estas las bases de nuestro programa de gobierno, «el sufragio universal taurino en su más libérrima expresión; así es, que admitiremos cuantas enmiendas, interpelaciones, votos particulares y peticiones se presenten aceptando la libre discusión, ménos con aquellos que suelen discutir en tonto. Deseamos para la empresa una ganancia segura, pero desde luego protestamos de todo acto atentatorio á los intereses del público. Ambicionamos

para los matadores todo género de felicidades; pero si no *pasan* y *pasan* mucho, si no *arrancan corto* y *derecho*, y si no dirigen sus respectivas cuadrillas con inteligencia y acierto, pediremos en defensa de los fueros del arte, multas, rescisiones de contratos y cuantas penas puedan empañar la reputación que cada uno disfrute.»

Ha de ser también nuestra publicación espejo fiel del arte taurínico en sus respectivas edades: así es, que insertaremos en sus columnas, además de documentos, datos y anécdotas del mayor interés, una sección importantísima de torero antiguo y moderno, en la que se reseñen las revistas de toros donde los diestros que ya han legado su nombre á la fama tomaron activa parte, y sirva esto de lección y curiosidad al *artista* y al *aficionado*.

Después de estas observaciones y todas estas promesas, no nos es dado esperar sino la primera corrida. Se nos antoja que la temporada ha de ser rica en peripecias.

Esto aumentará el interés de nuestros escritos. Con que el cartel de *nuestro abono* fijo está ya. La plaza rebosa de gente, sonó la hora del despejo y el público corre presuroso á sus asientos.

El presidente hace la señal. Comienza nuestro lapiz su tarea.

¡Matadores, cada cual á su puesto!

LA REDACCION.

LA FIESTA ESPAÑOLA.

La lidia de toros constituye para nuestro pueblo algo más que una simple afición y un mero pasatiempo. Dado nuestro carácter alegre y expansivo, franco y jactancioso, valiente hasta la temeridad y caballeresco hasta la hidalguía, las expuestas suertes del torero forman así como parte de nuestro temperamento, vital, como dijo el poeta, de héroe y de niño, de artista y de soldado.

Nó, no es nuestro pueblo de aquellos que asisten al circo taurino movido de la curiosidad ó del deseo para presenciar escenas que recreen su entristecido ánimo ó añadir un momento más de placer al goce ambicionado de los sentidos. Entre el lidiador y el público se entablan tales lazos de simpatías, que éste toma una parte casi tan activa como aquel en los varios momentos de la suerte. Con él teme y confía, se crece y entusiasma, se agita y tiembla, y ya su corazón muéstrase engreído por la seguridad del triunfo, ya parece sobreogarse de espanto ante la inminencia del peligro.

¡Lazo misterioso de simpatías que el arte solo puede crear en la esfera del sentimiento!

Y que el torero es un arte, cosa es que no puede ponerse en duda ni aun por los mismos que le censuran. ¿Quién, sin sentirse herido en su dignidad y en sus sentimientos, podría presenciar tranquilo la lucha desigual de potencia á potencia entre el bruto y el hombre? Nuestras plazas de toros serían viva representación de aquellos circos romanos en que la lasciva matrona humedecía sus secos labios y apagaba el fuego de sus ojos con la sangre humana que veía salpicar sobre la arena del combate.

Nó, nuestra afición, nuestra fiesta favorita, casi pudiéramos decir nuestra fiesta nacional, no es esa adulteración de generosos sentimientos ni de levantados impulsos.

A su presencia confésase uno vencido ante aquella viril entereza, aquel denodado valor, aquel desprecio de sí propio, aquella esultante elegancia que hay que guardar aun en los instantes del mayor peligro.

Veamos sino cómo el torero, el torero de afición y de carácter no es aquel tipo vulgar que algunos creen, y al que varios escritores con injusta y desalinada pluma han dibujado.

Él es la viva encarnación del valor personal, mezcla de amor propio y de temeridad inaudita. Cuando aparece en la arena, allá quedaron los gratos recuerdos de la familia, el atractivo del hogar, el propio instinto de conservación, aun para la conservación de sus propios hijos.

Como el guerrero en la batalla, él no tiene otra misión que cumplir con su deber, y este deber es en ciertos casos el sacrificio de su existencia. Revestido de seda y lentejuelas de oro, con ropilla tan ajustada á sus carnes que, como observa Teófilo Gautier, el alfiler de una mujer enamorada pudiera fácilmente traspasarla, con un capote por única defensa, y una faja por única coraza, ceñida junto á su corazón, él es el objeto de todas las miradas, de todos los comentarios, de todos los gestos, impulsos que se despiertan y su presencia en aquella tarde. Cuando titubea ante el peligro, se avergüenza de sí propio; cuando es arrollado, se le centuplica el valor; cuando resulta victorioso, la alegría le rebosa por sus aturdidos ojos, y la satisfacción presta calor á su rostro y fuego candente á sus miradas. A veces la fugitiva sonrisa de unos labios femeninos, la frase inconveniente de un espectador, el aplauso entrecortado por la duda, todo esto le ciega, le precipita, y ya no es el calculista apreciador del peligro, sino el enemigo momentáneo de su vida guardador más escrupuloso de su fama que de su propia existencia.

Tal es el modesto héroe que se presenta ufano ante nuestra vista en aquellas tardes de caluroso estío, en que al lado de tantas pequeñeces como encier-

LA LIDIA.



RAFAEL MOLINA.
(Lagartijo.)



JOSÉ SANCHEZ DEL CAMPO
(Cara_ancha.)



FERNANDO GOMEZ.
(Gallito chico)



ANGEL PASTOR.



MANUEL HERMOSILLA.

Lit. de J. PALACIOS.

ESPADAS CONTRATADOS EN MADRID PARA LA PRIMERA TEMPORADA DE 1882.

Arenal 27 MADRID.



ra vida, vamos á admirar algun resto de valor, muy por cima de nuestra faeca naturaleza.

Tal es la fiesta española que caracteriza en parte cierto modo de ser de nuestro pueblo.

Si, nosotros seremos cuanto quieran nuestros detractores; pero siempre guardaremos como dones preciados la hidalguía en nuestra alma y la bravura en nuestro corazon.

ALBORÍAS.

NUESTRO DIBUJO.

Nuestro dibujo contiene los retratos de los matadores contratados en Madrid en la presente temporada. A continuacion publicamos la biografía de Rafael Molina (Lagartijo), y á ésta seguirán en los siguientes números la de Cara-ancha, el Gallo y Angel Pastor. Más que biografías, de las cuales ya deberá estar cansado el aficionado lector, procuraremos que sean dichos estudios á modo de semblanzas literarias, donde la pluma pueda mejor retratar el carácter y las condiciones del diestro.

Suprimimos la de Hermosilla, porque últimamente ha desistido de su contrata en Madrid. Hace dias era un hecho su ajuste, y hé ahí por qué damos al público su retrato.

BIOGRAFÍA

DE RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO).

Nació en Córdoba este notable lidiador de toros el día 27 de Noviembre de 1841. Sus padres, Manuel Molina y María Sanchez, descuidaron en un principio su educacion, y ya casi niño, tuvo que ir por los pueblos y ciudades para atender á su subsistencia con la lidia de vacas y becerros, bien se le presentaran en las plazas públicas, bien en el campo ó en los mataderos. Asi fué que antes de cumplir nueve años de edad, se le vió trabajar como banderillero en su pais natal en una novillada que se dió á beneficio de los pobres el día 13 de Setiembre de 1852.

A esta necesidad, que fué la instigadora de sus primeros pasos en el toreo, debe quizás Rafael la práctica y conocimiento de las reses, condicion que admiradores y adversarios tienen por fuerza que reconocerle. No es ocasion esta de averiguar el origen del alias-Lagartijo con que desde un principio fué conocido. «Se movia tanto, dice un competente biógrafo del diestro, esquivaba con tal celeridad desde niño los derrotes, y rehuía tan fácilmente el encurarse cuando iba alcanzado, que solo á un bicho como la lagartiga podia comparársele en determinadas ocasiones.» Sea de esto lo que quiera, la fama llegó así á distinguirlo desde que empezó á recorrer las plazas de la Mancha y Andalucía, figurando en la cuadrilla de Antonio Luque.

Su merecida reputacion como torero, puede decirse que llegó á adquirirla cuando consiguió compartir con el Gordo las simpatías del público. En su cuadrilla trabajó, y á su lado puede afirmarse que aprendió á quebrar delante de los toros, irse á ellos con elegancia y soltura, y pasear en corto y andando, á veces con superior limpieza á la de su mismo maestro. En la plaza de Bujalance fué donde por vez primera tomó en sus manos el estoque.

Así fué ganando en méritos y perfeccion, hasta que en Octubre de 1865 tomo la alternativa en Madrid. Desde entonces una amiga y favorable estrella le ha venido sonriendo, hasta el punto de que la opinion general hoy le coloca entre los primeros y más reputados matadores.

La desgracia ocurrida en la plaza de Madrid al inolvidable Tato, puede decirse que inauguró una era de felicidad para el lidiador cordobés. ¡Triste verdad, mas no por eso deja de ser menos cierta! Él heredó las simpatías, el aprecio, el entusiasmo que despertaba Antonio Sanchez en presencia del público. ¿Quién, sino él, podría llamarse legítimo

heredero de aquellos aplausos con que los buenos aficionados premiaban la elegancia y la soltura en las suertes, el aplomo y seguridad junto al peli-gro, y el arrojo en el herir?

Su campaña hecha en la plaza de Madrid el año 1869, fué una série continuada de vitores, aplausos y merecidísimas ovaciones. Más tarde logró su indolencia, porque este es el capital defecto de Rafael, que discípulos suyos se le impusieran, y hoy no es ya el solo quien seduce á los públicos con su arte y su modo de torear.

El disputador, por decirlo así, de esas entusias-tas manifestaciones de los buenos aficionados llegó á ser Salvador Sanchez (Frasuelo). Hoy se han elevado los dos á igual é idéntica categoria.

¿Permitirá tambien que el jóven Cara-ancha logre en este año alcanzarle en reputacion?

Este es el gran trabajo encomendado durante la presente temporada al lidiador cordobés. No hay que confundir la emulacion con la envidia, y el torero, no ésta, pero sí aquella, debe tenerla en alto grado. Si inspirado Lagartijo en los buenos preceptos del arte, en el cual no puede negársele su indudable maestría, si deja de encorbarse al pasar, si deja sobre todo de dar su deslucido paso atrás para tomar carrera y engendrar el volapié, si vuelve, en suma, á sus antiguos tiempos, y ya flameando la capa, ya quebrando con las banderillas, ya, en primer término, arrancándose corto y derecho, como Dios manda, logra manifestar al público que su arte está sujeto á su voluntad y no á su impotencia, entonces buenos aplausos le esperan, é inútil será trabajar para disputarle su honrosa supremacia.

¿Intentará hacer lo contrario? ¿Se dejará dominar por su acostumbrada indolencia y su especial apatía? Entonces casi mejor fuera que durmiendo sobre sus laureles no se acordara despertar nunca.

Recuerde Rafael que es tal la confianza que amigos y adversarios tienen sobre él, que existe una frase que corre por boca de todos, y que como se aplica á él, él solo puede aprovecharla.

Dicen sus amigos: «¡Oh! cuando él quiere... ¿quién puede ponerle por delante?...»

Un consejo nuestro:

¡Pues que quiera siempre!

EL GORDITO Y EL TATO

CÉLEBRE COMPETENCIA TAURINA HABIDA EN LA PLAZA DE MADRID EN LA TARDE DEL 5 DE JULIO DE 1868.

Era en aquel tiempo el acontecimiento más ruidoso que preocupaba á millares de aficionados la renombrada competencia de ambos matadores. Como en la época de Pedro Romero y Pepe-Hillo, del Chiclanero y del Curro, y en la actualidad de Lagartijo y Frasuelo, las pasiones del público se excitaban más ó menos justamente en pró de determinados bandos. En el asunto que nos ocupa, la cuestion Tati-gordista era vital para el porvenir del toreo. Tratábase de decidir si el arrojo, y á veces la temeridad empleada por el lidiador en la suerte suprema, era inferior á la gracia, la agilidad, el recorte y otras habilidades perfectamente llevadas á cabo en otros momentos en la lidia. Sabido es que las simpatías hacia el Tato predominaban en el público de Madrid, no así en Cádiz y en otras muchas plazas de España, donde era llamado el Gordo la gloria del arte.

Antonio Carmona fué el iniciador del desafio. Un periódico de Sevilla publicó un remitido suscrito por él, en el que se retaba al Tato á torear en la plaza que eligiera, exceptuando la de la corte; el público de Madrid se creyó resentido en su amor propio. El hoy desgraciado Antonio Sanchez

se reservó contestar con hechos, ya que las obligaciones contraídas con la empresa de la corte debian reunirse en la plaza á dichos combatientes.

Así sucedió: tanto uno como otro, despues del referido reto, se vieron en el circo de Madrid en la fecha que hemos consignado, y esta es la corrida que imparcialmente hemos de extractar, tomados sus apuntes de las notas de un buen aficionado de aquellos tiempos.

Las cuartillas que tenemos á la vista dicen así:

«Presidia el señor teniente alcalde D. Bernabé Morcillo. Seis toros se jugaban de la propiedad de D. Pedro Varela, procedentes de la ganadería de D. Mauricio Rosendo. El pañuelo del Sr. Presidente hace la señal convenida; suena la trompeta, y la pesada puerta del toril gira para que salte el primer toro, que se llama Caldorero. Negro, buen mozo y perfectamente puesto. Pasa de reviron por delante de la caballería, intenta saltar por el tendido núm. 14, toma tres puyazos de Pinto, le derriba, acepta ocho puyazos del Francés, y mátales un caballo. Matías le pone un par por derecho y Cuco acaba con un par por delante. Llega la hora de matar. El Tato lo pasa diez y ocho veces con ambas manos, dos soberbias de pecho, y marca un pinchazo arrancando. Pincha por segunda vez y resulta media estocada bien dirigida, tambien arrancando, otra casi entera idem y un magnífico descabello.

Salta á la arena el segundo toro, llamado Mariposo, mulato, encampanao, basto. El Gordo dále dos lances y arranca la divisa; toma el toro tres puyazos de Pinto, con caída y caballo muerto; hace el Gordo un limpio y finísimo recorte, Trigo cae despues de dos varas, perdiendo el jaco. Cirineo pone un par de sobaquillo en el pescuezo, y el Chesin, despues de una salida en falso, pone un par por derecho. Suena la señal de la muerte. Antonio Carmona dá cuatro pases de mano maestra, tres cambios regulares, señala fuera de terreno media estocada arrancando, descubriéndose la punta del estoque por el codillo contrario. El público silba no con sobrada justicia.

El cuarto toro se llamaba Tamboril, castaño, bragao y de cabeza destartada. El Tato intentó pasarle de capa, pero no le fué posible. A duras penas tomó cinco puyazos de Pinto y el Francés. Mariano Anton se llevó las palmas del público con dos pares de banderillas; uno de castigo y el otro de menos efecto. Cuando lo hubo ordenado el Presidente, el Tato se dirigió á la fiera, le propinó tres hermosos pases con la izquierda, y se dejó ir de un soberbio volapié en los mismos rubios y hasta la empuñadura. La ovacion fué digna de la faena.

Faltábale otro toro que lidiar al Gordo; este fué el quinto de la tarde, por nombre Escribano, negro, feo de la cabeza y un poco abanto. Pinto dió un pinchazo y cuatro el Francés, Chicorro y Cirineo parearon al bicho, el primero con un par por delante y el segundo clavando otro al sesgo. El Gordo estuvo desgraciadísimo: dió á Escribano treinta y cuatro pases, marcó cuatro pinchazos á la carrera sin liar, y el toro se le echó aburrido junto al tendido número 3.»

Tales fueron los hechos, y ahora dejamos campo libre para su apreciacion.

Los toros tercero y sexto, fueron estoqueados por Frasuelo, que llegó hasta la cara de su primer toro con la muleta, pasó y repasó menos bien de lo que convenia, y señaló un volapié de los que meten ruido entre los matadores. A su segundo le terminó de media estocada y un descabello.

(Apuntes del Sr. Cándido, tomados en la plaza vieja de Madrid en presencia de la corrida.)

Imprenta de J. García, Costanilla de los Angeles, 3.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS. SE PUBLICA AL SIGUIENTE DIA DE CADA CORRIDA DE TOROS HABIDA EN MADRID.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, litografía. Precio: por un trimestre. 2 pesetas 50 cénts.